

## Analícemos, analícemos...

Tomemos «La novicia rebelde», de Luis Lucia, y «En un mundo nuevo», de Ramón Torrado y Fernando García de la Vega, como ejemplos típicos de un buen sector de la actual producción española; tratemos de dejar a un lado la continua irritación que ambos films provocan en el crítico, cuya única posible traducción vendría dada por una amplia y variada gama de exabruptos («estupidez absoluta», «increíbles», «no se puede hacer peor», «¡cuánto valor hace falta!» y cosas por el estilo); busquemos una vez más en la vía del análisis el mejor camino para dar luz en torno a un hecho concreto, y arriesguémonos casi suicidamente a escribir sobre aquello que no contiene ninguno de los estímulos por los que uno se siente movido a ponerse ante la máquina. Veremos si al final de la reseña el esfuerzo queda compensado en cuanto que signifique una aportación clarificadora.

Dos puntos de partida, cuatro características cinematográficas y tres denotaciones ético-ideológicas constituyen el armazón de nuestro análisis sobre las dos películas. Vayamos con los primeros:

a) Tanto «La novicia rebelde» como «En un mundo nuevo» parten de una subordinación a «lo musical». Es la voz de Rocío Dúrcal, Karina o La Pandilla lo que importa, apoyadas por una determinada forma de entender la coreografía, nunca autóctona ni derivando de la historia, sino en calidad de realce, puramente ambiental. Estamos ante la estructura típica de la revista, números musicales unidos por un débil hilo argumental, desprovisto de valor por sí mismo.

b) Su carácter de «autorizadas para todos los públicos» no es, como pudiera pensarse, una consecuencia, sino una valoración previa de los ingredientes a utilizar. Cuestión de mercado, existe todo un público infantil y adolescente susceptible de pasar por taquilla y cuyo dinero es de curso tan legal como el de los mayores. Ello determina, en nuestras circunstancias muy especialmente,

un blanqueo absoluto de la temática planteada, una voluntaria infantilización de los posibles conflictos subyacentes a la historia o incluso de los datos más aparentes, vestuario por ejemplo.

Características cinematográficas:

1. Inexistencia del guión como tal, como primera estructuración de algo que se



«En un mundo nuevo», de Ramón Torrado y Fernando García de la Vega (1971).

pretende expresar, del entrelazamiento de los itinerarios (vivenciales, psicológicos e intelectuales) de unos personajes concretos. De ambos puntos de partida, y esencialmente del primero, deriva esta ausencia. Más dolorosa en el caso de «La novicia rebelde» por arrancar de una base literaria aprovechable como «La hermana San Sulpicio», de Palacio Valdés, con un erotismo latente quizá nunca apreciado. «En un mundo nuevo» se limita a ser un torpe remedo de «Mary Poppins» y «Sonrisas y lágrimas».

2. Desfasamiento de la narrativa utilizada. Lógico en hombres de la mediocre vejez de un Luis Lucia o un Ramón Torrado (la aportación de García de la Vega parece que se ha limitado a los «play-backs», del mismo estilo de los que él realiza en Televisión Española). Ni siquiera alcanzan un dominio puramente mecánico del oficio, un cierto sentido artesanal de la planificación o la dirección de actores. Las transparencias de «La novicia rebelde» o la manera en que está planificada la secuencia entre Máximo Valverde —herido en la cama—, Ro-

cío Dúrcal, Guillermo Murray y Teresa Gimpera pueden avalar esta afirmación en el caso de Lucia. La primera conversación Guadalupe Muñoz Sampedro-Karina y la que mantienen en el «cuarto de los recuerdos», en el de Torrado-García de la Vega.

3. Pero Grullo: Cualquier director que emprenda una película musical ha de tener

y aquí vivimos «en un mundo nuevo y feliz»; c) idealización, consciente y dirigida, de los sentimientos, eróticos y maternales especialmente. ■ FERNANDO LARA.

## TEATRO

### La muerte de Antonio Vico

Al menos, para quienes no hemos alcanzado a ver a Antonio Vico más que en su última etapa, bien podemos decir que se trataba de un actor difícil de clasificar. Y, quizá en esa misma medida, de uno de los actores más interesantes de su generación. Vico no pertenecía ni a la «escuela romántica», que en realidad le precedió cronológicamente, ni a ese falso naturalismo, a ese medio tono coloquial —tan contradictorio, además de artificioso, en la selva retórica de nuestro lenguaje dramático— que caracterizó a un grupo de intérpretes, entre los que Rafael Rivelles fue, probablemente, el más significativo y celebrado.

Antonio Vico no era de esos. Para Vico, cada interpretación tenía algo de esfuerzo espasmódico. Parecía que las frases se las arrancaran de las entrañas, sometido a situaciones que él siempre solía afrontar como situaciones límite. El físico —era un hombre más bien menudo— contribuía decisivamente a romper la imagen de ese actor inexpresivo, seguro de sí mismo, bien manufacturado, que anda por los escenarios como Pedro por su casa. En Vico, por el contrario, había algo de persona tímida y pequeña, que necesita hacerse oír e imponer a los demás, enterar a los demás de su tragedia. Con Vico, el «orden normal» del teatro español —donde uno puede imaginar cualquier cosa, siempre que lo explique y justifique sin vulnerar el domesticado sentido de la lógica que la sociedad ha impuesto al espectador— se rompía siempre; la armonía de tonos, la contención convencional, el discreto se rompían, encontrándonos ante un

actor-personaje que gritaba y se crispaba en nombre de oscuras agonías existenciales. Una extraña tristeza, un sentimiento de gran estafado completaban la expresividad escénica de este actor, muchas de cuyas interpretaciones —cuando no le perdía la composición externa— apuntaban hacia un teatro infinitamente más caliente y menos plácido del que solía representar.

Vico ha muerto después de ser, me parece, y ateniéndome



ANTONIO VICO.

nos exclusivamente a lo que le hemos visto en los escenarios, un actor muy celebrado y aplaudido y, sin embargo, de esos que, como se decía en las viejas notas necrológicas, se ha llevado a la tumba un secreto que el teatro español no ha tenido el menor interés en conocer. ■ J. M.

### Un «Ótelo» decoroso

Dos últimas semanas de «Ótelo» en el Español. Un espectáculo del que no nos hemos ocupado antes porque su presencia, en lugar de la anunciada versión de Brecht de «Coriolano», resultó bastante decepcionante. Pero, por otra parte, digerida la sustitución con el tiempo —aunque mal—, no sería justo ni lógico que este montaje de González Vergel saliese definitivamente de cartel sin un comentario nuestro.

Porque el espectáculo, dentro de su general clasicidad y alguna que otra solución de viejo estilo —esos personajes que unánimemente se miran entre sí y automatizan un «chau, chau» de falso asombro cada vez que los protagonistas cuentan alguna co-